

1. EL RETÉN DE POESÍA

El narrador llegó con su equipaje lleno de historias y presentó una identificación falsa al oficial que salió de la garita. Anhelaba pasar al otro lado. Esperaba encontrar en la espesa noche su aliada. El oficial, con su linterna de dotación, iluminó la fotografía y luego la cara del supuesto retratado, quien no pudo soportar el intenso resplandor en sus pupilas y cerró los ojos. El uniformado movió el documento en busca de los sellos de agua. Aparecieron. Le pidió al narrador que abriera su equipaje. Encontró historias. Algo en la cara del hombre no terminaba de convencer al oficial. Decidió hacer una prueba adicional y le pidió que declamara un poema. Por la frente del narrador empezó a emerger un sudor delator. Las sospechas del oficial se convertían en certezas. El hombre del documento no era quien decía ser. Cuando el uniformado se aprestaba a sacar de sus cartucheras las esposas, el narrador dejó deslizar unas palabras que acariciaron los oídos del [riguroso] funcionario. La noche se transformó en versos. El oficial, conmovido hasta las lágrimas, levantó la barra. El narrador pasó al otro lado con un atisbo de sonrisa. Descubrió que en el fondo era un poeta. La poesía le permitiría burlar al régimen por el resto de sus días.

2. REFLEJO

No me percaté del inminente diálogo con la oscuridad. Debí sospecharlo cuando mi reflejo dejó de obedecer. Al principio pensé en algún tipo de falla en el mecanismo del espejo. Me empecé a incomodar con la mirada que provenía del otro lado, al afeitarme, solo, en el baño. Terminé a tientas. Antes de llegar a la puerta de salida a la calle me detuve, justo frente al diminuto espejo redondo que siempre me mostraba el último suspiro. Imaginé mi cabello y lo peiné con los dedos. Me sentí adentro de un camafeo. Esa mirada seguía ahí, inmutable, vacía, como si calculara todos mis movimientos y previera que toda mi vida se escurría entre esfuerzos inútiles. Parecía reír, o más bien, yo imaginaba que reía. Es posible que la rutina empezara a afectarme. Dudé en salir. Sospechaba que algo estaba por suceder, aún lejos de la certeza de la sombra que me acechaba. Lo hice. En cada ventanal me sentía espiado por mí mismo desde algún sitio remoto. Mi reflejo no imitaba mis movimientos, los escoltaba. Los supervisaba como el gran arquitecto del universo que se creía. Empecé a sudar. Mi cuello no tardó en empaparse. No me escapaba de esa mirada. Pensé en caminar más rápido y lo hice. Quería dejar de sentir ese agobio. Mientras más quería dejar de mirar, más lo hacía. Era como si una fuerza magnética me forzara a mover mi centro de gravedad hacia ese reflejo serio y distante. No podía más, empecé a pedir ayuda a los que pasaban a mi lado, los busqué con desespero. ¡Ayuda! Grité. Todos huían. Me tropecé con algo. Mi portafolio quedó tirado en el piso. ¡No más! ¡No más! Me arrojé a la calle y ahí lo vi, por última vez, en el vidrio panorámico de un auto vino tinto. Me sonrió. Estoy seguro.

3. LA ORQUESTA

Todos vienen a escucharla. No importa la larga espera a la intemperie, ni los escandalosos precios. La Orquesta bien vale la pena. En las filas todo tipo de gentes que algo tienen en común. Se refleja en su andar, su mirada, su melancolía. La Orquesta selecciona muy bien a su audiencia. Los pueblos de la gira responden a un minucioso escrutinio. Cuando las puertas del discreto local se abren, los primeros en la fila no salen desbocados, como se esperaría. Pareciera como si estuvieran anestesiados. Las luces del pequeño lugar están apagadas. En la tarima reposan los instrumentos. Yacen inmóviles, fríos, en espera de resucitar. Se enciende una luz en la tarima y el director de La Orquesta sale. Hace una reverencia a su público eterno. Una máscara antigás que parece de la primera guerra mundial no deja ver su rostro. Uno a uno, los músicos salen sin saludar. Toman los instrumentos. Cuatro mujeres, vestidas con sugestivos trajes cortos, se ubican delante de ellos. Máscaras antigases no dejan ver los rostros de ninguno. La música suena, las mujeres bailan, y a pesar de ser una tonada alegre, los impasibles asistentes comienzan a llorar. Lloran como no lo habían hecho hacía mucho tiempo. Se habían anestesiado por sus tragedias. Anhelaban recuperar su sensibilidad.

4. EL REGRESO DE LA LUZ

Los hechos aún son materia de investigación. De lo cotejado con algunos testimonios se ha podido establecer que la niña, quien responde al llamado de Caperucita Roja, desapareció cerca del mediodía de ayer de las inmediaciones del poblado en donde residía con su madre. "Yo la envié a llevar un encargo a la abuela", dice la mujer entre sollozos, "no pensé que le fuera a pasar nada". Al parecer, su niña fue vista por última vez cerca del camino de herradura que conduce al hogar de la anciana. Un cazador manifestó que ese camino está plagado de animales feroces, lobos, en su mayoría. "A mí me parece una irresponsabilidad haber mandado por esa ruta a una niña tan pequeña, sola, ¡y con los peligros de hoy día!", dice el hombre mientras afila su hacha de la que saltan chispas al contacto con la piedra que gira sin cesar. Las autoridades mantienen la hipótesis de que la niña se encuentra perdida en el bosque. Afirman no poder hacer nada hasta pasadas setenta y dos horas del momento en el que fue vista por última vez. Por lo pronto, la madre de la pequeña Caperucita, en compañía de la abuela de la menor, reza para que la luz de sus ojos regrese sana y salva al hogar del que nunca debió haber salido sola. Cualquier información que conduzca a esclarecer este hecho puede hacerse llegar a la comandancia local de las autoridades.